

bra de respeto; como a nadie, lo amaba el pueblo, y tenía ya su vida su leyenda. De él se esperaban hasta imposibles, y su muerte hará que para muchos todo parezca negro en el porvenir, como son oscuros los campos cuando el sol se oculta. Pero sobrepongámonos al dolor y no dejemos de montar la guardia en torno de la causa a que él lo sacrificó todo. Su puesto quedará vacío, porque nadie podría ocuparlo, pero sus ideales no serán abandonados. Sobre

los laureles humedecidos por las lágrimas que cubrirán hoy su sepulcro, debe erguirse, como el mejor tributo a su alma heroica, la resolución de luchar abnegada, intensa, valerosamente por el liberalismo como el medio mejor de servir a la patria. Ningún homenaje más grato a su memoria, ni más digno de su gloria y de su nombre, para siempre inscritos con honra inmarcesible en los Anales de la República.

(*El Tiempo*, Bogotá).

Herrera

LA afirmación más rotunda y pujante de la democracia en Colombia se ha trocado en la negación de la muerte. El héroe está caído, después de haber librado con alternativas de triunfo la más cruel de las batallas. Cual si en su propio organismo se hubiera repetido la acción de Palonegro, viéronse las cargas increíbles, el avance intrépido y arrollador contra el destino, como antaño contra el adversario, y por último el retiro doloroso cuando todas las municiones, es decir todos los recursos de la ciencia y del cariño, estaban agotadas. Hubo en la enfermedad días de esperanza como hubo en la contienda horas de victoria, pero la fatalidad se impuso en ambos casos, porque es invencible. Lo que un día fué dolor del Partido es hoy dolor nacional. Y por eso los colombianos en masa abrimos calle de honor al Caudillo que pasa hacia la Historia, como en plena madurez, por un prodigio de los Hados favorables, pasó hacia la Leyenda. No invertimos los términos. Verdad es que el hombre legendario supera al hombre histórico. Pero en el análisis desapasionado y penetrante de los hechos humanos, aun el que vió crecer en torno de sus actos la admiración que produce flores de exotismo, tiene que ser sometido a la revisión de la Historia. El hombre que lloramos va hacia ella.

Desde la independencia hasta hoy no ha conocido el país un prestigio más sólido, más amplio, y, lo que es más raro todavía, más sostenido que el suyo. Conocieron el Libertador y los briosos Capitanes de la hazaña grande, horas de delirio, en que la opinión se les rindió como una mujer apasionada. Conocieron Mosquera y Julio Arboleda, Obando y Neira, Uribe Uribe y Reyes las horas crepitantes de la popularidad, la íntegra ofrenda de sus almas hecha por las multitudes entusiastas y ansiosas. Pero conocieron también todos ellos la hora melancólica del desvío, la prolongada indiferencia, el odio devora-

dor, la calumnia. Herrera no! En un momento dado de su vida tuvo a todo el Partido Liberal detrás, como cauda de un cometa de que él fuera el núcleo. Al frente, el Partido Conservador, con todo lo que tiene en valores positivos y en amor a Colombia, mostró las cabezas descubiertas. Pudieron separarse al Caudillo sus fieles Capitanes. Pudieron las intrigas y los chismes abrir grietas en la tersa superficie que formaban sus mejores amigos. El prestigio siguió. En las capitales, lo mismo que en los más apartados rincones del país, su nombre continuó sonando con claro timbre, como el símbolo del desinterés y del desvelo por cuanto en algo se refiera al progreso de la Patria o al bienestar del Partido. La onda de dolor, que ha llevado sus amplias vibraciones donde quiera que alienta un corazón colombiano, es testimonio irrecusable de cuanto tuvo en profundidad y extensión ese prestigio.

Lo ganó palmo a palmo con acciones de guerra, dignas de aquellas que perpetúan en el recuerdo las fiestas nacionales. Y lo ganó con su civismo, con su talento, con la certera visión de sus ojos fulgurantes. El hombre que somete, él sólo, un buque sublevado; que refrena con su serenidad el pánico del barco cargado de elementos, en donde se acaba de dar la voz de incendio; que cruza sonriente por el campo donde el cañón retumba y donde las balas caen en lluvia torrenciosa, tiene algo de homérico. Hubiera podido ser Páez en las Queseras, Rondón en el Pantano o Córdoba en Ayacucho. Desgraciadamente fué superior al escenario. Para sus dotes de estratega, para su pericia, para su valor increíble, se hubiera deseado algo más decisivo y menos triste que una pugna de hermanos. Se hubiera deseado el campo internacional, la Independencia, la compañía de aquellos centauros que se sorbían la pampa y llevaban en sus ojos de fuego la resolución de ser libres. Admirado por técnicos de fuera; idolatrado por sus tropas; respetado por sus adversarios,

a quienes deslumbró con una magnanimidad que daba a su alma un temple superior al del simple heroísmo, en las horas soberbias en que reflejaba su espada el sol de la victoria, hubiera alcanzado la figura continental si nace en otro tiempo. Parecía desprendido del cuadro de los libertadores. Puede decirse que por él conocimos objetivamente a los héroes de antaño y que en él tocamos con nuestras manos mortales lo épico que hubo en los albores del pasado siglo.

En la paz fué un extraordinario ejemplo de lo que puede la educación de sí mismo. Impulsivo, impaciente, hombre de acción enérgica, rápida, definitiva, se dominó hasta el extremo de que durante veinte años fué en Colombia el exponente más alto de la política de compromiso. No se trataba de inteligencias con el enemigo, porque en la paz no hay enemigo. Se trataba de transacciones decentes, de colaboraciones inspiradas en el bien del país, sumadas en robusto haz de buenas voluntades de los diversos partidos. Si en la reacción republicana contra el gobierno del Quinquenio fué Esguerra el grito, Herrera fué la acción, la organización, la eficacia, el factor decisivo en el robustecimiento y en la victoria de esa Unión, que es hasta ahora el ensayo más feliz de patriotismo y tolerancia que han hecho en Colombia los partidos. Años más tarde, Herrera fué el alma de la Coalición, movimiento parecido al anterior, igualmente bien inspirado e igualmente pujante. Bullía en su alma un optimismo contagioso, hecho de fé en la bondad de la causa y de esperanza en el triunfo. Había que verlo, alegre, decididor, lleno de chispa, con la inquietud de todos los dinámicos, alentando a unos, corrigiendo a otros, disponiendo las fichas del ajedrez político, ocupado de sol a sol en los grandes y en los pequeños detalles.

Tenía el dón de mando más auténtico que hayamos conocido. Mandaba con la voz, con la mirada, con el ademán. Y quería ser obedecido sin réplica. En los preparativos aceptaba todas las indicaciones de quienes se atrevieran a dárselas, y aún solicitaba con placidez, con bondad, con modestia, el consejo de quienes sabía y sentía que eran sus amigos. Madurado el plan, ya no quería discusiones. Iba directamente a la solución, como el rayo, llevado certeramente por su sagacidad y por su hombría, contrariando la índole de nuestros políticos vacilantes y tinterillescos, colérico o afable según las circunstancias, preocupado del fin, arrollador, victorioso en su ánimo, que es la mejor manera de ser victorioso en los hechos. Era el organizador por esencia. A su paso